
¿Se puede cambiar de sentido a la política?*

Alessandra Bocchetti

¿ **S**e puede cambiar de sentido a la política? Para contestar a esta pregunta creo que debo hacer por lo menos otras cuatro y también responderlas.

Para quedarme en la primera. Creo que no sólo se puede cambiar de sentido a la política, sino que se debe. Todos nosotros hemos nacido y crecido en una idea de política que piensa al hombre en el centro del mundo. Y aunque en el centro del mundo pusiéramos a todos los seres humanos, porque somos democráticos, o pusiéramos a un hombre y una mujer, el sentido no cambia, siempre está equivocado. En realidad, lo equivocado está en la idea de poder que esta centralidad provoca. Comunmente se piensa que no hay poder sin gobierno y que no hay gobierno sin poder. Y que por lo tanto no podemos prescindir del poder. Esto es lo que ha cambiado. Existen ejemplos de gobierno sin poder, como el del amor de la madre, que se observa como paradigma del amor/relación, y el de la persona autorizada a la que se respeta por libre inclinación. Creo que hay que trabajar sobre este terreno más que en otros para orientarse hacia una idea de política sin poder. No quiero decir que imagino un mundo donde el poder ya no existiría, creo que el poder existirá siempre, pero como existirán siempre la violencia y la mentira. Para la política que entiendo, el poder sigue siendo un vicio privado y no una virtud pública. Erradicar el poder de la idea de gobierno no es una empresa fácil porque en la cabeza de los occidentales, el poder está muy bien arraigado.

Creo que una política que da por descontado el poder no es una política favorable a la condición humana porque de cualquier

* Debate organizado por la revista italiana *Critica Marxista*, 25 de enero de 1994, Hotel Bologna, Roma.

modo es una política de guerra. Basta con pensar en sus metáforas: lucha, victoria, derrota, adversario, desafío, salir al campo, también en la democracia, para *conquistar* votos. Los animales metáfora de lo político son siempre, incluso hoy, el león, el zorro, el lobo.

La segunda pregunta a la que contesto es la siguiente: ¿es posible una política sin ideología? En el mejor de los casos, la ideología es una gran narración que da sentido a las cosas y a los seres humanos, muy potente, tanto que puede esconder lo existente y mostrar lo que no es, capaz de producir realidad social y grandes trastornos. Menciono algunas de estas grandes narraciones: el capitalismo, el fascismo, el comunismo, el feminismo; también el feminismo es una ideología. Ahora bien, pienso que si se ha logrado prescindir de Dios, prescindir del rey, y por ello no se ha perdido el sentido de nuestra presencia sobre la Tierra, ahora nos toca prescindir de las ideologías. No de los ideales, sino de las ideologías. Esta es en mi opinión la tarea del presente. Es una gran tarea, la más alta. Volver a la inteligencia de las cosas, de los acontecimientos, que hablemos de ellos por lo que son. Pasar de la gran narración, al decir, a escuchar. Esto es lo nuevo que hoy está en juego.

Cuando tenía poco más de veinte años, Simone Weil hizo un viaje a Alemania durante un mes o algo más. Se preparaba el nazismo. Al regreso, escribe un ensayo que se llama "La Alemania totalitaria". Su análisis y sus previsiones son de una precisión y de una inteligencia extraordinarias. Siempre he pensado que este tipo de inteligencia lúcida se debía al hecho de que la joven Simone Weil no era nada, no era fascista, no era comunista, no era nazi, no era católica, no era pacifista, no era nada. Las cosas y los acontecimientos se le mostraban por lo que eran, fuera de cualquier gran narración.

La tercera pregunta a la que contesto es la siguiente: ¿es posible una política sin la idea de estado? Porque la idea de estado es en sí una idea sin cuerpo. Doy un ejemplo: el estado es el que declara la guerra, pero el país es el que la sufre. El país, en cambio, es una idea llena de cuerpos.

Por la idea de estado se están masacrando en Yugoslavia. Como es una idea sin cuerpo produce atrocidades. No pienso sólo en los niños muertos, en las violaciones a las mujeres, sino en aquella anciana que alguien crucificó en la puerta de su casa.

O pienso en mi historia, en mí, madre de izquierda, que queriendo educar dos hijos laicamente, me topaba con la idea de estado

siempre que trataba de enseñarles la fuerza de un gesto generoso. Pasar una tarde a la semana con un niño minusválido, llevar de comer a un vecino enfermo. Se me reprochaba: tu gesto avala la ineficacia y la injusticia del estado, el estado es el que debe organizar las estructuras necesarias. Es el estado el que debe ser justo. Y así hemos acabado por volvernos todos indiferentes. Y nuestros hijos están dispuestos a salir a la plaza por el pueblo palestino, pero son incapaces de un verdadero gesto generoso.

La última pregunta a la que contesto es: ¿se puede prescindir de la idea de progreso? Me doy cuenta de que estoy cometiendo casi un disparate. Pero no importa. En un planeta como el nuestro donde empiezan a deteriorarse las condiciones de sobrevivencia, no debería ser difícil renunciar al progreso. Si el progreso se inspira en avanzar, en el crecimiento, encuentro aún más extraña la afición a esta idea. La verdad es que casi todos añoramos nuestra infancia y por delante nos espera ciertamente la muerte.

Lo que he hecho parece casi un juego sádico. He privado a un sujeto político, que puede ser un señor o una señora, primero del poder, después de las ideologías, después de la idea de estado y para terminar le he sustraído también la idea de progreso. ¿Qué le queda? La única posibilidad que le queda es un extremo materialismo: atenerse a la verdad del cuerpo y a lo que existe, y atenerse tan fielmente que no llegue nunca a las grandes narraciones. El extremo materialismo no es una ideología, sino una práctica, un estilo; lejano de la ética de las reglas, de los derechos, de los deberes, próximo en cambio a la ética de la virtud. El extremo materialista piensa que la necesidad es condición de existencia y que no hay humillación en la dependencia porque la dependencia es la verdad de la condición humana. No ha nacido león, ni zorro ni lobo. Esto no significa que no tenga la fuerza de rebelarse contra la miseria, el hambre, la violencia. Es una pregunta de verdad la que el extremo materialista dirige a la política. Su Constitución podría empezar como sigue: "Ninguna criatura es igual a otra, pero todas somos partícipes de la condición humana, estamos expuestas a los acontecimientos de la naturaleza, de la historia, de las pasiones; por eso tenemos necesidad los unos de los otros...".

Traducción: Isabel Vericat